PRESENTACIÓN DEL DOSSIER: EL MOVIMIENTO COMUNISTA MUNDIAL Y LOS PROYECTOS TRANSFORMADORES DE LA DÉCADA DE LOS SETENTA DEL SIGLO XX

PRESENTATION OF THE DOSSIER: THE WORLD COMMUNIST MOVEMENT AND THE TRANSFORMATIVE PROJECTS OF THE SEVENTY OF THE 20TH CENTURY

Enrique González de Andrés

https://orcid.org/0000-0001-6277-7577
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España.
E-mail: e.gonzalez1963@hotmail.es

DOI: https://doi.org/10.36132/wnd2z297

Recibido: 30 enero 2025 / Aceptado: 30 enero 2025 / Publicado: 15 febrero 2025

En torno a finales de la década de los sesenta y, sobre todo, la de los setenta del siglo XX, la seña de identidad fue el cuestionamiento del capitalismo, siendo sometido a múltiples vaivenes tanto en zonas subdesarrolladas desde un punto de vista socioeconómico como en el mundo desarrollado. Se produjo una profunda crisis económica, cuyos primeros síntomas se manifestaron a finales de los años sesenta, afectando a gran parte del planeta. Quiebra evaluada como la más importante desde el crack de 1929 que desencadenó un cambio muy brusco en el ciclo extraordinariamente alcista iniciado tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Al hilo en algunos casos y con posterioridad en otros, se visualizaron comportamientos sociopolíticos que indicaban que se inauguraba un nuevo periodo en la lucha entre las clases. Destacaríamos el intento de las oligarquías de volcar el peso de la crisis sobre los grupos sociales menos favorecidos a través, fundamentalmente, de un incremento del desempleo y de severas reducciones salariales, coadyuvando, a su vez, al desmantelamiento del Estado del bienestar. Se da un fuerte repunte de la contestación social, con un incremento notabilísimo de la conflictividad, especialmente la huelguística, que no solo iba dirigida contra las medidas antisociales impuestas por los diferentes gobiernos, sino que, como aseveraba Javier Tusell, había "presagios insistentes de que el mundo de la democracia occidental podía estar entrando en una crisis difícil de superar o incluso insuperable"[1]. Obviamente, esas oligarquías pusieron toda la carne en el asador para que sus privilegios no fueran erradicados, ni su poder eliminado.

Aquellos "presagios", básicamente, se relacionaban con procesos revolucionarios como los de la Francia de 1968, cuando

[1] Javier Tusell, *El mundo actual* (Madrid: Historia 16, 2001), 523.

una parte sustancial de los aproximadamente diez millones de huelguistas, además de participar activamente, decidieron ocupar sus empresas, arremetiendo contra la propiedad privada y la legalidad vigente. O, como los de Portugal, en 1974, cuya dinámica fue mucho más allá del cambio de una dictadura por una democracia, implicando una indudable tentativa de transformación sistémica. A ello, debemos agregar las numerosas movilizaciones griegas y españolas contra sus respectivas dictaduras, que supusieron arramblar con los últimos vestigios totalitarios en la Europa occidental. Es más,

> "un análisis detallado de los datos de la OIT sobre 'días perdidos por cada mil personas empleadas en la minería, industria manufacturera, la construcción y los transportes' en diecisiete países industrializados revela que sólo el volumen de la actividad huelguística viene aumentando en todo el mundo capitalista desde finales de los años sesenta, alcanzando una primera cima en Francia (1968) e Italia (1969), y en la mayoría de los demás países en 1970 o 1971"[2].

Debemos agregar la multiplicación de guerras civiles y situaciones revolucionarias en las que el sistema capitalista es zarandeado significativamente de tal manera que llega a extinguirse, como mínimo transitoriamente, en ciertas zonas. Así se pudo atestiguar en África (Mozambique, Angola, Etiopía, Libia, Argelia, Yemen del Sur), en Asia (Afganistán, Irán, India, Vietnam, Camboya, Laos), o, en América (San Salvador, Honduras, Argentina, Nicaragua, Chile), incluyendo a los Estados Unidos, debido a su derrota militar sin paliativos en Vietnam –por vez primera-, siendo causa y efecto a la vez del surgimiento de corrientes sociales sin precedentes, entre las que incluiríamos la lucha por los derechos civiles de la minoría negra.

Todo ello representó un fortísimo aldabonazo que resquebrajó todo el tablero internacional, cuyo síntoma más característico fue la nítida efervescencia sociopolítica que se estaba dando a escala planetaria. Ese incremento sustancial del número de huelgas y de protestas por parte de las clases subalternas favoreció un indisimulado optimismo en aquellos grupos de la izquierda cuyo objetivo prioritario pasaba por la erradicación del orden sistémico reinante. La extensión del interés por la política entre un número muy apreciable de capas de la población trabajadora se podía visualizar en la circulación y compra de la prensa obrera, en la asistencia a mítines y asambleas, pasando por una mayor afiliación y/o participación activa en organizaciones políticas y sindicales de la izquierda, así como en movimientos sociales. En este escenario, nos hemos detenido en la interpretación que ofrecieron algunos sujetos colectivos que integraban lo que podríamos denominar Movimiento Comunista Internacional (MCI) sobre las revoluciones chilena y portuguesa, y situaciones de claro auge de la lucha de clases como la vivida en España.

El artículo de Manuel Loyola y Andrey Schelchkov sobre la relación entre el político socialista y gobernante chileno, Salvador Allende, y la extinta Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), a cuya cabeza se encontraba el ya desaparecido Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), presenta como novedad el empleo de documentación diplomática soviética inédita. Documentación que corresponde, fundamentalmente, al periodo revolucionario de la Unidad Popular (UP) –del 4 de noviembre de 1970 al 11 de septiembre de 1973-. Se sostiene que dicha relación estuvo mediatizada por las coordenadas de lo que se denominó periodo de la Guerra Fría, incluyendo, a su vez, unas reflexiones sobre el tratamiento *post morten* del socialista chileno y algunas consideraciones sobre aquella experiencia para el MCI. Por tanto, su atractivo no solo reside en

[2] Michael Shalev, "Mentiras, mentiras detestable y estadísticas de huelgas: medición de las tendencias del conflicto laboral", en *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968. I*, eds. Colin Crouch y Alessandro Pizzorno (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989), 29.

averiguar la catalogación de Allende según la cosmovisión soviética, sino en los análisis que efectuaba ésta sobre lo que acontecía en el país sudamericano.

Como bien se apunta, tras la victoria electoral de la UP, "Allende tuvo más problemas con su propio partido, encontrando un lenguaje común con el Partido Comunista. Esto influyó positivamente en la actitud de los soviéticos, pero no eliminó todas sus sospechas y prejuicios". Durante aquellos años, se produjo un enfrentamiento abierto entre el gobierno y las fuerzas que lo sostenían, y la oposición derechista. Si los primeros intentaron realizar su programa para posibilitar el camino al socialismo, la segunda evidenció una inequívoca voluntad de impedirlo a cualquier precio. La secuencia presenta una imagen en negativo de lo que durante más de un siglo había sido la relación entre la burguesía y el proletariado, dado que la izquierda ocupaba el gobierno, que no el Estado, y empleaba la legalidad frente a la vía insurreccional de las derechas con el apoyo del imperialismo estadounidense.

En el ínterin, la URSS, por medio de su embajada chilena, en junio de 1973, "constató un fuerte deterioro de la situación en el país, y consideró un gran error intensificar las transformaciones revolucionarias y que la mayor parte de responsabilidad por la crisis fue por el estilo personalista y autoritario de Allende y el nuevo giro de los socialistas al izquierdismo". Paradójicamente, en la publicación de la *City* londinense, *The Economist*, del 30 de julio de 1973, señalaban que

> "(...) Si hasta ahora el ejército chileno se ha detenido, la explicación no hay que buscarla en ninguna tradición nacional peculiar, sino en el poder formidable ahora adquirido por el movimiento obrero".

Una prueba de esta fortaleza fue el estrepitoso fracaso del "tancazo" del 29 de junio, ya que, en cuestión de horas, miles de trabajadores hicieron huelgas, ocuparon las fábricas y, dejando piquetes para guardarlas, marcharon hasta el Palacio de la Moneda. Los articulistas explican que, para Moscú,

> "la revolución chilena era un serio desafío. La URSS fue incapaz de proporcionar a Chile toda la asistencia que ella necesitó en el proceso de transformación".

La estrategia revolucionaria de los comunistas chilenos, coincidente con la del PCUS, se basaba en que había que atravesar una primera etapa, cuyo contenido debía ser culminar la modernización capitalista, especialmente contra los latifundios, implementar reformas democráticas básicas y conquistar la independencia frente al imperialismo, y, cuando ésta fuera totalmente consumada, iniciar la fase propiamente socialista. En consecuencia, la clase trabajadora tendría que caminar conjuntamente tanto con fuerzas de izquierdas como el Partido Socialista Chileno (PSCh), con los campesinos pobres y las capas medias urbanas como con sectores de la burguesía nacional.

En este sentido, a pesar de las divergencias internas entre los socialistas chilenos sobre la caracterización de la futura revolución chilena y qué alianzas se precisaban, Allende, tal y como se indica, mantuvo el objetivo de

> "atraer la parte progresista de la burguesía chilena al proyecto de la izquierda... él no estaba de acuerdo con la posición del PS de formar un 'frente revolucionario' en lugar de una más amplia coalición".

El siguiente artículo de Adrian F. Tudorica versa sobre las relaciones entre España y la Rumanía liderada por el Partido Comunista Rumano (PCR) en los inicios de la Transición españolas, deteniéndose en las influencias que pudo tener la precitada formación en varias fuerzas políticas españolas de izquierdas, lo cual nos proporciona una visión escasamente conocida y de indudable interés. Tras practicar una breve descripción de la evolución de las relaciones internacionales en la España del tardofranquismo y de

la Transición, así como de Rumanía durante ese mismo lapso temporal, se adentra en las entrevistas entre la dirigencia del PCR y organizaciones como el maoísta Partido del Trabajo de España (PTE), los socialistas del Partido Socialista Popular (PSP) y el Partido Comunista de España (PCE).

En cuanto a la primera, se destaca que su líder, Eladio García Castro ("Ramón Lobato"), comentó que las diferencias con el PCE no se centraban en la política de alianzas interclasista, entonces focalizada en Coordinación Democrática, sino en que no querían "la lucha de masas para mantener a su lado a los burgueses, mientras que la formación de Lobato creía que la experiencia había demostrado lo contrario". Ahora bien, Nicolae Ceaucescu, líder del PCR, le respondió "que el objetivo no era la instauración del socialismo en ese momento, sino de un régimen democrático y por ello se tenía que apostar por las fuerzas que apoyaban dicha decisión". Ergo, la estrategia etapista de los comunistas rumanos, en clara sintonía con la del PCE y con la del PTE, era enarbolada como la adecuada para aplicar a la situación española.

Se alude a la sobresaliente amistad entre el PCR y el PCE en aquellos años, especialmente la clara sintonía entre Santiago Carrillo, secretario general del PCE, y Ceaucescu. Es más, el dirigente rumano estuvo muy interesado en la propia legalización del PCE, tal y como se subraya en el presente artículo. De hecho, Enrique Tierno Galván, máximo adalid del PSP, en abril 1977, "creía que se iba a producir... le indicó a Ceaucescu que poco antes de llegar a Rumanía había comido con el ministro del Interior y con el gobernador de Madrid para hablar sobre dicho tema, entre otros. Añadía que el presidente del gobierno le había dicho que iba a legalizar al PCE y había elogiado a Santiago Carrillo, apuntando que tenía una gran inteligencia política. Por su parte, el líder rumano había señalado... que era necesaria la legalización de todas las formaciones políticas y que no se podía siquiera hablar de una verdadera democracia sin que este término se diera". Finalmente, hay que recordar que, a pesar de sus posteriores críticas –que no autocrítica- al régimen rumano cuando su defenestración en 1989, el PCE mostró su indisimulado apoyo públicamente. En 1974, una delegación asistió al XI Congreso del PCR, manifestando que

> "[n]os alegran los grandes avances que habéis logrado, bajo la acertada dirección del Partido Comunista Rumano, encabezado por el Comité Central y por el camarada Ceaucescu. Conocemos las profundas transformaciones de vuestro país, ayer atrasado, hoy dotado de una moderna industria socialista, con realizaciones en la cultura, la educación, la ciencia y la sanidad que nadie se atreve a negar"[3].

Sobre la Revolución de los Claveles, hay dos artículos. El de Emanuele Treglia aborda el discurso y la actitud del Partido Comunista Italiano (PCI) entre abril de 1974 y el final del "Verano Caliente" de 1975. Se refleja la evolución del PCI desde el optimismo y las esperanzas en un cambio acorde con sus propios postulados hasta la inquietud y su desafección porque el proceso fuera decididamente rupturista no solo con la dictadura de Salazar sino con el sistema que lo sustentaba.

El PCI defendía para Portugal "que se estableciera una democracia liberal parlamentaria", en coherencia con su estrategia etapista de la revolución. De ahí, que se opusiera a la decisión de ilegalizar a la democracia cristiana por parte de las autoridades portuguesas tras su participación en el golpe de Estado reaccionario de marzo de 1975. Primaba exponer a la burguesía italiana que no tuviera ningún temor a que el sistema capitalista en Italia fuera conculcado por iniciativa de la dirigencia del PCI y que eso le proporcionaría réditos electorales. Así,

> "según el embajador estadounidense en Roma, uno de los factores de dicho éxito había consistido en el hecho de

[3] Biblioteca Virtual Prensa Histórica Ministerio de Cultura, *Mundo Obrero*, nº 23 (24 de diciembre de 1974): 7.

> que el partido, gracias a la evolución de su política nacional e internacional, había 'conseguido ser aceptado por una parte sustancial de la población italiana como un movimiento político responsable y democrático'".

Más allá de la controversia sobre el contenido de la "democracia burguesa" que tenían el PCI y el Partido Comunista Portugués (PCP), la discusión fundamental se centraba en que la dirigencia italiana quería evitar, a toda costa, que la revolución portuguesa terminara con el capitalismo. Cuestión que los informes internos de la CIA sancionaban:

> "'Parece probable que la actitud abiertamente amistosa de Berlinguer hacia Mario Soares […] y la endurecida postura del PCI hacia la naturaleza 'antidemocrática' de los enfoques ideológicos y programáticos de Cunhal han tendido a tranquilizar al electorado italiano y a muchos políticos de la DC acerca del hecho de que el PCI es consecuente con su defensa de una sociedad pluralista'".

Por otra parte y como muy bien reproduce el articulista, el PCE se sumó con absoluta claridad a esos planteamientos, lo cual se verá más específicamente en el siguiente artículo. Al igual que hicieron el PCUS y el resto de líderes comunistas de los países del Este de Europa, al entender que no procedía una revolución socialista en Portugal, más allá de algunas divergencias de cierta enjundia y otras que eran meramente cosméticas: "En varias ocasiones, la URSS y otros países del bloque soviético habían instado a Cunhal a frenar su 'entusiasmo' y evitar una radicalización de la situación portuguesa que habría tenido como efecto el de tensionar al conjunto del escenario europeo... En la misma línea, el Kremlin había dejado clara su intención de no involucrarse en Portugal".

En definitiva, la disputa central radicaba, según un líder comunista italiano, en

> "los procesos de aceleraciones bruscas, no tanto a nivel económico-social, sino sobre todo en lo que se refiere al ejercicio del poder, con una visión del mismo que, ignorando la lógica de las correlaciones reales, ha creído en la posibilidad de que una exigua vanguardia […] pudiera garantizar por sí sola la instauración del socialismo, sustituyendo la laboriosa conquista del consenso por el vigor de las medidas desde arriba, […] sin una atenta consideración del amplio abanico de objetivos intermedios, de las fases de transición'".

El otro artículo de Enrique González sobre los acontecimientos portugueses se centra en el discurso y las prácticas que tuvo el PCE, basándose en la dualidad de posiciones que sostuvo a lo largo de aquel proceso. Desde su inicial apoyo producto de la caída de la dictadura hasta su distanciamiento y rechazo por el contenido anticapitalista que fue adoptando. De ahí, que se haya intentado contestar a la pregunta de si aquella dinámica transformadora fue una ayuda o un obstáculo para sus políticas en España.

Se explica que los hechos posteriores al 25 de abril mostraban la masiva incursión de las clases subalternas, lo que supuso arrebatar espacios monopolizados tradicionalmente por las élites, convirtiéndose en las auténticas protagonistas del derrocamiento de un régimen tan longevo, a la vez que cuestionaron el orden sistémico. Indudablemente, el movimiento castrense tuvo un rol estelar, erigiéndose en el cauce por el que discurrió el caudal de rabia y frustración de capas trascendentales de la sociedad.

El diagnóstico del PCE estuvo condicionado, sin duda, por aquella específica evolución, aunque intentó amoldar esa marcha a su estrategia política, la cual se fundamentaba en un itinerario etapista, donde primero había que modernizar el capitalismo y establecer derechos democráticos básicos para, a renglón seguido, iniciar la andadura socialista. Por eso, su claro apoyo inicial. Sin

embargo, cuando el rumbo adquirió nítidas tonalidades anticapitalistas, comenzaron las discrepancias, distanciándose claramente de la dirección que estaba tomando. Así, se culpabilizó al ultraizquierdismo, incluyendo a sus homólogos portugueses del "radical" Álvaro Cunhal, de hacer peligrar, por alentar la posibilidad de un golpe de Estado reaccionario, tanto la "incipiente democracia" con las alianzas interclasistas portuguesas e internacionales. Consideraban que la manida correlación de fuerzas en pos de una transformación socialista no era favorable para la clase trabajadora, igual que no lo era para España. De hecho, en esta apreciación, coincidían con el PCP, además de que, ambas, impulsaban las alianzas interclasistas por juzgar que no era el momento de romper los equilibrios sistémicos. Por ello, sus diferentes puntos de vista tenían como fondo que la formación lusa estaba sumergida en un tsunami revolucionario, pero con presencia en órganos institucionales, mientras que la española padecía los rigores de una oposición ilegalizada y fuertemente acosada. En consecuencia, al precitado interrogante, se responde con que la dirigencia comunista valoró como una formidable traba que, a raíz del 25 de abril de 1974, se dieran pasos inequívocos hacia la transformación socialista.